DT 05 49

Dice el Corán, lo que hay en los cielos y en la tierra entona el Loor de Dios. Él es el Poderoso, el Sabio. A Él pertenece el Señorío de los cielos y de la tierra.

Da la vida y hace morir. Él es, sobre toda cosa, Poderoso. Él es el principio y el fin, lo manifiesto y lo oculto.

Él es, sobre toda cosa, Omnisciente. Él es quien ha creado los cielos y la tierra en seis días, luego se colocó en el trono. Conoce lo que penetra en la tierra y lo que de ella sale, lo que desciende del cielo y lo que a él asciende.

Él está con vosotros dondequiera que estéis, y Dios, sobre lo que hacéis, es clarividente. Posee el Señorío de los cielos y de la tierra. Hacia Dios se devuelven las cosas.

Engarza la noche en el día y engarza el día en la noche. Él conoce perfectamente lo que encierran los corazones. Abubakar Mohamed Innali In-Mohammad Al-Arabi, mejor conocido por los títulos honoríficos, vilificador de la religión y el doctor máximo, nació en la ciudad de Murcia el día 17 del mes de Ramadán, el año 560 de la Égira, que corresponde al 28 de julio de 1165.

Sus padres, de noble estirpe árabe, descendían de la tribu de Jatín el Taí, poeta preislámico e ideal beduino de generosidad y hospitalidad. Reinaba entonces en el levante de Al-Andalus Mohamed Im-Sa'ad Im-Bardanis, príncipe independiente de la autoridad del sultán al-Mohade, Abu Yaqub Yusuf, que dominaba el resto de la España musulmana. La España de la Reconquista, tras el esplendor de los años de Alfonso VII, imperator totius Hispaniae, había entrado en un periodo de decadencia al dividir este su herencia en sus antiguos componentes, Castilla y León.

Poco después de la conquista de Murcia por las tropas del sultán Abu Yaqub Yusuf, en el año 1172, la familia de Im-Arabi se trasladó a Sevilla, donde Im-Arabi, que entonces contaba con unos siete años de edad, comenzó su educación religiosa y literaria, que si podemos juzgar por sus lacitas que se encuentran en sus obras, debió incluir la serie más completa de estudios que se imponía a los jóvenes de su tiempo, incluyendo además de las ciencias religiosas, poesía, retórica y literatura. Sus extraordinarios talentos personales, precozmente demostrados junto con la nobleza de su estirpe árabe, contribuyeron a que fuera elegido para desempeñar el cargo de secretario del gobierno de Sevilla, antes de haber cumplido los 20 años. En estos años también Mohammed Ib Abdu, cabeza de una distinguida familia de la ciudad de Bujía, en el norte de África, le dio matrimonio a su hija Mariam.

Aunque el mismo Ibarabi data, en el año 1184, su renuncia formal al mundo y su conversión definitiva a una vida de piedad y ascetismo, no hay duda de que ya desde su infancia debió de haber sentido la influencia de los ejemplos de extraordinaria religiosidad presenciados en su propia familia. El propio Ibarabi nos habla de la piedad ejemplar de sus padres, de un tío suyo

materno. Nos relata que había renunciado al gobierno de Tremecén para someterse a la disciplina de un ermitaño que lo obligaba a ganarse el sustento vendiendo la leña que acarreaba desde los montes de otro tío suyo materno, Muslín el Yahali.

Nos narra que vivía con fama de gran austeridad, pasando las noches en piadosa vigilia. Y de un tío suyo paterno, llamado Ablaha, nos dice que se le atribuían carismas sobrenaturales. También la piedad excepcional de Mariam, su santa esposa, como la llamará más tarde, debió ayudarle en esta decisión.

Los años que siguieron a su conversión los pasó Ibarabi en estudio intenso de las ciencias religiosas y como neófito de los más famosos azcetas y sufíes de la época. Su fama de místico con dones preternaturales debió crecer rápidamente, de tal manera que durante estos años el gran filósofo cordobés Averroes, ya en los últimos años de su vida, mostró especial interés en conocerlo. Cierto día, en Córdoba, entré en casa de Abuhualita Averroes, cadí de la ciudad, que había mostrado deseos de conocerme personalmente, porque le había maravillado mucho lo que había oído decir de mí, esto es, las noticias que le habían llegado de las revelaciones que Dios me había comunicado en mi retiro espiritual.

Por eso mi padre, que era uno de sus íntimos amigos, me envió a su casa con el pretexto de cierto encargo, solo para dar así ocasión a que Averroes pudiese conversar conmigo. Era yo a la sazón un muchacho imberbe, así que hube entrado, levantóse del lugar en que estaba y dirigiéndose hacia mí con grandes muestras de cariño y consideración, me abrazó y me dijo, sí. Yo le respondí, sí.

Esta respuesta aumentó su alegría, al ver que yo le había comprendido. Pero dándome yo, enseguida, cuenta de la causa de su alegría, añadí, no. Entonces Averroes se entristeció, demudóse su color y comenzando a dudar de la verdad de su propia doctrina, me preguntó, ¿cómo puede encontrar vosotros resuelto el problema? ¿Mediante la iluminación y la inspiración divina? ¿Es acaso lo mismo que a nosotros nos enseña el razonamiento? Yo le respondí, sí y no.

Entre el sí y el no, salen volando de sus materias los espíritus y de sus cuerpos las cervices. Palideció Averroes, sobrecogido de terror, y sentándose, comenzó a dar muestras de estupor, como si hubiera penetrado el sentido de mis alusiones. A la inquietud interior añadió pronto la inquietud viajera que convirtió su vida en una peregrinación constante a través de todos los países del occidente y oriente musulmán.

En ellos aparece en una cronología no siempre fácil de determinar, como neófito y como maestro. Hacia 1193 se dirigió a Túnez, donde fue ya acogido con los honores debido a un hombre de fama reconocida. Después de unos años de viaje por las ciudades de la España musulmana, entre otras Sevilla, Córdoba y Murcia, Ibn Arabi emprendió su gran peregrinación a los lugares santos del islam y visita las ciudades del oriente de donde nunca regresaría a su país natal.

Su estancia en las ciudades del norte de África, Marrakech, Bujía y Túnez, sólo sirven de estaciones, marcadas frecuentemente con revelaciones y visiones sobrenaturales que determinan la pronunciada dirección esotérica de sus doctrinas místicas. Reanudando su peregrinación y tras corta visita a las ciudades de Alejandría y El Cairo, donde no parece haberse detenido largamente, llega finalmente a la ciudad santa del islam. En el año 1201, el místico murciano se establece en la Meca, donde fue muy pronto admitido con gran cordialidad en las comunidades místicas que florecían en la ciudad santa.

Aunque su estancia en la Meca no parece haber sido un corto paréntesis en su vida peregrina, tiene para nosotros un especial interés, pues es en este mundo tan íntimamente identificado con la espiritualidad musulmana y en el marco concreto de las amistades allí formadas, donde Ibn Arabi encuentra la inspiración para la colección de poemas titulada Interprete de Amores, que tanta fama le ha dado de poeta místico. Mi saludo es para Salma y los que moran en el Vedado. El saludo es deber del que ama tiernamente como yo.

Nada le cuesta a ella responder saludándonos, pero nadie puede obligar a las… Partió cuando la oscuridad de la noche tenía tendidos sus venas. Así le hablé de un amor huérfano y desterrado, al que los deseos han puesto sitio y persiguen raudas flechas doquiera se dirige. Brillaron sus dientes, lució un relámpago.

No pude saber cuál de los dos rompió la… Ella dijo, ¿por qué no le basta que esté presente en su corazón y me contempla así? ¿Por qué no? ¿Por qué no? Cuando yo me establecí en la Meca el año 598 de la Égira, me encontré allí con un grupo de personas excelentes, una asociación de nobles, letrados virtuosos, hombres y mujeres. A pesar de los méritos de todos ellos, a ninguno hayé tan dedicado a su propia perfección, ensimismado en el amor día y noche, como al maestro, sabio y director espiritual, encargado de la magama de Abraham, la paz sea con él, residente de la ciudad fiel, de vigorosa religiosidad. Abú Saha, Sahir ibn Rustan ibn Abu al-Rahha de Isfahan, Dios excelso le tenga en su misericordia.

Era un hombre de elegante conversación, de grata amabilidad y de fina compañía, que daba placer al compañero y deleitaba al que se le asociaba. Él, Dios se haya complacido en él, poseía gran caudal de conocimientos y sólo hablaba de lo que le interesaba. El día de su partida hicieron marchar los camellos, después de cargar sobre ellos los pavos reales.

Por sus miradas asesinas, dominadoras, la creerías reina de Saba sobre trono de perlas. Cuando caminas sobre el suelo de cristal, se te antoja un sol de la alta esfera en el seno verde. Cuando mata con su mirada y con sus palabras, resucita como si al hacerlo fuera Jesús.

Su Torah es la tabla de sus piernas en su esplendor, que yo sigo y estudio como si fuera Moisés. Es obispesa entre las hijas de Roma, sin adornos. Sobre ella puedes ver un halo de revelaciones.

Es salvaje, en ella no hay piedad. Ha adoptado para su propio recuerdo un mausoleo en la mansión de su soledad. Ha dejado confuso a todo sabio de nuestra religión, de los salmos de David, rabino y sacerdote cristiano.

Cuando con un gesto pide el Evangelio, te pareces sacerdote, patriarca y diácono. El día que pusieron en camino sus camellos, grité, ¡camellero, no te la lleves con la caravana! Entonces dispuse las huestes de mi paciencia en falanges sobre el camino, y pedí, con el alma en la garganta, a esta belleza y a esta gracia que me diera respiro. Ella accedió, Dios nos guarde de su poder, y el rey victorioso rechace a Satán.

Ahora bien, el maestro, Dios se haya complacido en él, tenía una hija virginal, doncella esbelta que cautivaba las miradas, adornaba las reuniones, alegraba a los que a ellas asistían y llenaba de confusión a los que la contemplaban. Se llamaba Nisam, Armonía, y tenía por sobrenombres Ainual Shams, Pupila del Sol, Ibaha, Esplendor. Era sabia en materias religiosas, devota, de vida frugal y estética, señora de los dos santuarios, discípula en la ciudad fiel, soberana y sin tacha, de encantadora apariencia, de una elegancia iraquí.

Si era prolija, poseía elocuencia fluida, y si concisa, causaba admiración. Poseía una claridad de exposición. Cuando hablaba, hubiera hecho humudecer al mismo Hus ibn Saída.

En su generosidad, sobrepasaba a la del mismo Ma'an ibn Saída y en su fidelidad, dejaba atrás incluso a Al-Shamawal, como cabalgando a pelo sobre el lomo de la traición. Y si no fuera por los espíritus débiles, dados la sospecha y al mal pensar, yo hubiera detallado la belleza que Dios excelso había otorgado a su figura y a su carácter, que era como Ariate, cita de lluvias generosas, sol entre los abios, vergel entre los letrados, verdad sellada, joya central en el collar, perla sin par en su tiempo, la más preciosa en su generación, de nobleza exuberante, de miras elevadas, señora del valle, la más ilustre en la asamblea, su morada era la perfección y su habitación estaba en la niña de los ojos y en el corazón dentro del pecho. Con ella resplandecían las alturas de Tihama y con su proximidad los Ariates abrían sus capullos de manera que se elevaban las cimas de los conocimientos con las ciencias espirituales y místicas que ella posible.

En ella había un cielo angelical y miras reales. Tuerce con tus camellos hacia los pedregales de Tarnal, donde hay ramas frescas y donde los rayos hacen ver su esplendor, donde la nube llega al ocaso y al amanecer y alza allí tu débil voz al romper la aurora y clama por las virgens, entre las que matan a traición, las que se inclinan con, hay una que ama y asalta todo y su espada india y da con ternura de seda cuando fijas y la negrura, aquella ceñida de altivez y con lealtad. Durante el tiempo que pasé con ella tuve ocasión de observar la nobleza de su ser.

Así, a ella he dedicado las más bellas composiciones que este libro contiene con lenguaje de tierno libismo y expresiones de poesía amorosa apropiada, aunque con ello no he alcanzado a expresar sino una parte muy pequeña de lo que mi alma sentía, la ternura suscitada por la nobleza de mi amor por ella, la intimidad ya larga, la delicadeza de su pensamiento y la pureza de su condición, pues ella era la petición y lo que se espera, la virgen sin mancilla. Sin embargo, he puesto en verso algunos pensamientos cargados de anhelo apasionado que se encuentran entre estos tesoros y objetos preciosos. En la ausencia nostalgia me consume hallarte en la mirada Nostalgia es aún presente su encuentro es un dolor inesperado porque contemplo una

visión que aumenta la mayoría no hay quien escape a una pasión A esta visita a la Meca siguen todavía unos años andariegos y hacia el año 1215 Ibn Arabi se halla de nuevo en el Asia Menor visitando la ciudad de Siguas, la antigua Sebaste.

En esta ciudad, según él mismo nos narra, tuvo una revelación que le anunciaba la caída de Antioquía en manos de los musulmanes. Apresuradamente se puso en camino hacia Malatia, la antigua Meliteni, desde donde escribió una epístola en verso al rey Caicaus comunicándole la revelación tenida que efectivamente se cumplió 20 días más tarde. Quizá hacia el año 1221 se dirige por última vez hacia el centro de su vida espiritual, la ciudad santa de la Meca, esta vez deteniéndose en breve visita a los santuarios musulmanes de Jerusalén.

En 1223, con la salud quebrantada por su vida de gran austeridad y por los trabajos que le exigía la redacción de sus numerosos escritos, Ibarabi se decide a tomar residencia en Damasco, quizá a invitación del sultán Al-Musa'an, nieto de Saladino, cuyas relaciones con el místico murciano eran las de un discípulo con su maestro espiritual. En Damasco todavía pudo concluir, entre otras obras, las revelaciones de la Meca, obra gigantesca de unas 4.000 páginas que en muchos aspectos representa un compendio de su vida y también de sus meditaciones y experiencias místicas. Como obra literaria resulta ya muy difícil de comprender, en su totalidad por su longitud extraordinaria y, sobre todo, por las frecuentes y largas disgresiones debida a su pobre salud y, como él mismo nos dice, por los raptos espirituales tan frecuentes durante los últimos años de su vida.

Ibn Arabi murió el 16 de noviembre de 1240 en Damasco, donde todavía se le venera como uno de los más grandes santos y místicos del Islam. Palomas que frecuentáis el Arak y el Ban, mostráos piadosas y no aumentéis con vuestros dolores los míos. Tened piedad con el lamento y el llanto, mi amor secreto y mi callada tristeza.

Sólo a ella me dirijo y su salida con el grito del enamorado y el lamento. Los espíritus se enfrentan y trajeron la violenta nostalgia y la pasión y extrañas pruebas en contra. ¿Quién me pusiera al Ham y al Muhasab del Minar? ¿Y quién da atela? Rondan devotamente mi corazón a la que la razone.

¿Y cómo se puede comparar el rango de un templo con la dignidad del hombre? ¿Cuántas veces prometió y juró es grande maravilla? Mi corazón acoge cualquier forma. Establa de la cora y libro del Corán. Sigo la religión del amor.

Tengo un modelo en mí. Hemos acabado y habría que decir que para la realización de este programa hemos contado con la traducción y el estudio de Casidas de Amor a cargo de Vicente Cantarino. Los fragmentos del resto de sus obras que también hemos escuchado fueron traducidos por el insignia arabista español Don Miguel Asimpal.

Sea para los dos. Carlos Martín de Agoín tuvo la idea. Nos trasladó.

Jesús Cediel hizo del sonido imagen total. Isabel Baeza nos trasladó de la palabra. Pero vamos a

acabar con las palabras.

¡Oh templo antiguo! Se ha levantado una luz que para ti brilla en mi corazón. A ti me lamento por los desiertos donde dejé correr mis leyes tarde, sin gozar del descanso, salteando las mañanas con las marchas. Dios, aún con estas cabalgaduras nos trajeron hasta ti, llenos de deseo, sin esperar por ellos.

Hacia ti atravesaron lugares de sol, sin quejarse por ello descansando. Ellas no se quejan de la dolorosa pasión y yo me quejo. Es... Los últimos minutos están dedicados a la música de Manuel de Falla.

Continuamos con la serie que ha realizado Rafael Liñán y que les acompaña durante toda la semana.